

EX ABRUPTO

Pablo Llamazares

“Artiom Saraev publicó en 1974 su primera novela, *Plenilunio*, ganadora del prestigioso premio Stânescu de narrativa en la edición de 1973. La obra supuso una gran conmoción en el ámbito de las letras rumanas. Los asistentes a la ceremonia de entrega del Stânescu recuerdan y pueden aportar a la documentación que en aquella época Saraev presentaba un aspecto funesto, con los ojos hinchados y un labio que le colgaba indolentemente, hacia la barbilla, aunque era alto y tenía las manos muy cuidadas (*como las de un vendedor a domicilio*; esa fue la expresión exacta). Dicen que se presentó en el Teatro Nacional de Bucarest con un viejo traje de pana gastado por los puños y las perneras, y que todo el mundo pensó que era extranjero.

El joven escritor rumano, que había nacido en 1952 en un bloque de hormigón situado en la ciudad portuaria de Nâvodari, logró con *Plenilunio* la unanimidad de la crítica y el éxito entre los lectores. La novela está ambientada en el cuarto año de la era romana del emperador Trajano, durante la primera guerra contra los dacios. La portada de la primera edición exhibe a un esclavo romano sorbiendo el néctar de una violeta.

Plenilunio fue aplaudida rápidamente por los círculos de intelectuales vinculados al Partido Comunista Rumano. El crítico de arte y dramaturgo Mircea Pugaci escribió en *Novy Mir* (Diciembre, 1974): “*nos encontramos ante una novela juvenil, pero vigorosa*”, con “*pasajes de una belleza extraordinaria*”. Algunos periódicos y revistas de literatura señalaron con asombro la precocidad del autor, alabando su virtuosismo, su voluntad estética y su madurez narrativa. La novela despertó incluso el interés de un editor estadounidense de origen rumano, alojado en Nueva California, quien llegó a exponer, en cierta reunión de confianza, entre las veladuras del humo de los cigarrillos, su intención de traducir la novela al inglés -aunque se excusó meses más tarde con una nota plastificada en la que lamentaba el chovinismo del público norteamericano.

Después de la publicación de *Plenilunio* transcurrieron unos años en los que Saraev acabó sus estudios de Periodismo y trabajó durante unos meses en una oficina de transporte. En ese momento, su vida sufre un colapso, un encadenamiento de hechos luctuosos que aceleran una calvicie parcial en un cráneo todavía lleno de ideas infantiles: la muerte de su madre, el suicidio de su hermano, la contracción de una enfermedad infecciosa.

Debido a estos trágicos incidentes, la producción artística de Artiom Saraev se resiente. Habría que esperar hasta el año 1977 para contar con la publicación de su segunda obra.

En esta ocasión, Saraev presenta una selección de poemas y reflexiones metafísicas titulada *Encélado*.

Las piezas que conforman *Encédalo* son, en su mayoría, elaboraciones breves, fragmentarias, bucólicas, ambientadas en las montañas y ríos de Rumanía (Saraev reconoció haberse inspirado en Virgilio y en algunos poemas de Anna Ajmàtova para la elaboración del libro). El éxito de esta segunda obra fue menor, aunque recibió algunos comentarios elogiosos y algunas críticas entusiastas; aun así, se vendieron menos de quinientos ejemplares. El título, que alude a una de las lunas más grandes de Saturno, propició que Saraev empezase a ser conocido en los circuitos académicos como “el poeta de la luna”.

En julio de 1978 Saraev sube a un crucero con unos amigos y una mujer a la que conoce dos semanas antes en una estación de trenes. El crucero discurre por el Mediterráneo, por las islas griegas más <<*inequívocamente apetecibles*>>, y dura unos cuarenta días; no obstante, el grupo permanece en una casa situada en Creta hasta octubre de ese mismo año.

El 26 de octubre de 1978 Saraev toma un ferry hasta Atenas y un tren hasta Bucarest. Ese día cena en una pizzería de la calle Utca.

A partir de 1979 se abre un abismo en la vida de Artiom Saraev. Se desconocen datos sobre su oficio y paradero. Hay quien dice que trabajó en una fábrica forestal al norte del país, pero sus datos no figuran en los registros de las principales compañías de la zona. El propio Saraev parece haberse tomado muchas molestias por ocultar esta etapa de su vida (no he encontrado nada relativo al período 1979-1990 en las biografías elaborados por Oxley Klein y Simon Lewis, ni en la de Curev Ctacrescu). En 2007, dos estudiantes de Psicología franceses publicaron un artículo en el que aseguraban que Artiom Saraev había vivido en París durante los años 1983 y 1984, en una pensión situada en la Rue Amyot, 8 bis, perteneciente a la abuela de uno de ellos, que contaba con un fichero administrativo en el que figuran la foto (en blanco y negro, doblada a la altura del bigote) y el nombre del escritor; pero este extremo tampoco ha podido ser comprobado. Los estudiosos de la obra del escritor rumano consideran que esta teoría tiene pocos visos de verosimilitud, porque, entre otras cosas, Saraev no sabía francés. No obstante, hay quien opina que el desconocimiento de esta lengua podía ser algo así como una simulación consciente, una ficción sostenida por el propio Saraev, teniendo en cuenta su

personalidad (a menudo excéntrica o errática, en cualquier caso proclive a bromas y excesos) y, sobre todo, su admiración por la obra del escritor francés Tristan Corbière -cuyas obras completas fueron encontradas, en el francés original, en la biblioteca de Saraev en Bucarest.

En definitiva, el período que va de marzo de 1979, en el que Saraev preside una conferencia enmarcada en un ciclo de formación para jóvenes escritores, y octubre de 1990, es, sencillamente, una incógnita. Aventurar hipótesis sobre su desaparición o fuga sólo puede contribuir, en el mejor de los casos, a engrandecer la sombra de misterio que se cierne su obra –lo cual está lejos, por cierto, de nuestra intención como cronistas.

Y hasta aquí el infolio. A partir de 1990 Saraev empezó a comportarse como el escritor que todos conocemos hoy. Sus novelas han recorrido las geografías de medio mundo y lo siguen haciendo. Saraev es, actualmente, una personalidad importante en la historia de la literatura universal. Todos sus libros han sido traducidos en nuestro país y son sobradamente conocidos por el público de habla hispana. El nombre de Artiom Saraev lleva años sonando para el Nobel”.

A.V.

El motivo que me ha llevado a compulsar estas notas que ahora transcribo, con innumerable sacrificio y privación para mí persona (rebuscando en bibliotecas, consultando biografías, preguntando a viejos amigos), atenuado apenas por el placer que procura asomarse al balcón de una vida ya trazada, ya conscientemente inventariada, aunque llena de insólitas coincidencias, es que, hace cosa de un mes, nuestra Academia Nacional otorgó un premio honorífico al escritor rumano Artiom Saraev, por un motivo cuya literalidad textual no recuerdo, pero que oportunamente podría ser el siguiente: “*por su diáfana contribución a la historia de la felicidad humana*”.

El escritor, que disfruta de una senectud apacible en Rumanía, recibió la noticia con alborozo, y accedió a presentarse el pasado jueves en el Palacio de Congresos de Madrid, tras un viaje en avión que –estoy seguro- fue motivo de agitación y nerviosismo. Naturalmente envejecido, Saraev compareció con un traje (esta vez elegante, pulcro, de corte inglés) y un bigote que veinte años de educación pública sólo pueden asimilar al de Dalí, cuando en realidad era el de Mark Twain.

En el Congreso tuvo lugar un hecho insólito, que pasó desapercibido para todo el mundo, y que constituye la razón de ser última de estas anotaciones.

Estaban sentados en la platea, ante una multitud silenciosa: el presentador, Saraev y su traductor (porque Saraev no sabía español, y procedía por el método de la traducción simultánea: frase, silencio, traducción). Saraev tomó la palabra; comenzó a hablar de la legítima reivindicación del pueblo rumano a ser tratado como un pueblo europeo. Entonces el traductor empezó a decir:

“Yo era muy pequeño y era una mañana de noviembre que había helado y se habían empañado todos los cristales de los coches y alguien se había entretenido dibujando pollas en los capós de los coches y todo el barrio estaba pintado de pollas, lo cual desconcertó a la gente, ciertamente, porque era insólito un hecho como ese. Ese día era mi hermano y yo queríamos ir al parque pero mi madre no nos dejaba, mi madre era muy estricta y algo neurótica, le habían diagnosticado un trastorno obsesivo compulsivo que le obligaba a estornudar si escuchaba la palabra “obituario”, entonces mi hermano y yo empezamos a decir “obituarioobituarioobituario” para poder fugarnos y mi madre empezó a estornudar frenéticamente, estuvo así dos minutos y luego perdió el equilibrio y se desmayó. En ese momento me asusté, porque chocó contra la encimera y un hilillo de sangre empezó a manar de su nariz, por cierto, qué asco la sangre, pero corrí a por un trapo, hice de tripas corazón, como se suele decir, mi hermano seguía gritando obituario a todo pulmón, el muy bestia, lo cual era excesivo, definitivamente, algo así como sadismo, pero es que mi hermano siempre ha sido un sádico, desde pequeño, recuerdo una vez que en el pueblo cogió una gallina y un rastrillo...”

Al volver a su país, Saraev confesó que se había sentido muy acogido por el público español.